

La importancia de animarnos unos a otros (17.1–16)

Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec. Y las manos de Moisés se cansaban; por lo que tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella; y Aarón y Hur sostenían sus manos, el uno de un lado y el otro de otro; así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol. Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada (17.11–13).

Amalec era una de las naciones que más sobresalía por su maldad, cuando Israel hizo su éxodo de Egipto. Esta nación enojaba a Dios por su pasmosa maldad. Amalec fue sentenciada a la extinción por el incidente que se relata en el capítulo diecisiete.

Israel no había estado en combate por más de cuatrocientos años; sin embargo, sin motivo alguno, Amalec atacó al pueblo de Dios en Refidim.

Entonces vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim. Y dijo Moisés a Josué: Escógenos varones, y sal a pelear contra Amalec; mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano. E hizo Josué como le dijo Moisés, peleando contra Amalec; y Moisés y Aarón y Hur subieron a la cumbre del collado. Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec. Y las manos de Moisés se cansaban; por lo que tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella; y Aarón y Hur sostenían sus manos, el uno de un lado y el otro de otro; así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol. Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada. Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y dí a Josué que raere del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo. Y Moisés edificó un altar, y llamó su nombre Jehová-nisi; y dijo: Por cuanto la mano de Amalec se levantó contra el trono de Jehová, Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación (17.8–16).

Este es un inolvidable relato del Antiguo Testamento. Las manos de Moisés estaban levantadas hacia Dios, cuando él estaba sobre la colina que daba vista a la batalla entre los israelitas y los amalecitas. Las tropas estaban combatiendo por sus vidas, y Moisés, como buen pastor de ellos, se estuvo sentado allí todo el día con las manos en alto. Siempre y cuando sus manos estuvieran en alto, a Israel le iba bien en la batalla. Cuando sus manos se cansaban y las ponía a descansar, los amalecitas prevalecían. Aarón, el hermano de Moisés, y Hur, el cual se cree, según algunos historiadores judíos, era el cuñado de Moisés, le sostenían sus manos en alto cuando éstas se cansaban y le acondicionaron un lugar donde pudiera sentarse. ¡Cuán gran imagen de devoción unos a otros! La preocupación de Moisés por la gente a su cuidado, aun con toda la frustración que a veces le causaba, era lo suficiente como para interceder por ellos delante de Dios. Cuando las tropas estaban en el fragor de la batalla, ellos alzaban la vista a la colina y veían aquella figura a lo lejos, con sus manos extendidas al cielo. ¡Cuánto poder!

Este es un ejemplo para nosotros. ¡Aarón y Hur animaban al animador! ¡Es una situación que guarda ciertas semejanzas con nuestras vidas como cristianos!

Nosotros estamos en una batalla espiritual, y se nos dice:

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes (Efesios 6.10–13).

El ser cristianos supone entrar en conflicto con nuestro enemigo, Satanás. La batalla es por el territorio de nuestros corazones.

Necesitamos ayuda divina para ganar esta batalla. Una actitud independiente que excluya a Dios de este conflicto, es espiritualmente mortal.

Necesitamos ánimo para ganar esta batalla. ¡Cuán gran cadena de ánimo vemos en esta situación! Los soldados que combatían en batalla se prestaban atención entre sí y a Moisés, a la vez que éste oraba por ellos a lo largo del día. Moisés tuvo necesidad de un lugar donde sentarse, y de alguien que le sostuviera sus manos, así que ¡Aarón y Hur le dieron una roca para que se sentara y fortaleza para que resistiera! La iglesia necesita una cadena de animadores.

ANIME A LOS DEMÁS

Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado (Hebreos 3.12-13).

La acción de exhortar o animar significa «venir al lado». Esto es lo que la palabra griega *parakaleo* significa: Estar allí por el otro, haciéndose partícipe de su dolor. La gente busca algún lugar donde pueda recibir ánimo. Somos como ovejas sin pastor. Rara vez tenemos hermanos preocupados que velen por nosotros y nos motiven. Por lo general, lo que recibimos en nuestras vidas diarias, es crítica en lugar de ánimo.

He aquí un relato verdadero sobre dos cristianos recién casados a los que llamaremos Roberto y Susana. No eran precisamente lo que se llama extrovertidos, así que era relativamente poca la gente que los conocía en su congregación local. Una familia se les acercó bastante y pasaban tiempo juntos en sus casas. Como no tenían hijos, el estar a solas en su apartamento durante el día, no era satisfactorio para Susana, así que la joven esposa se dedicó a una profesión. Después de varias semanas, un cambio le sobrevino. Se distanció de sus amigos y de su marido. Un día Roberto se fue solo a casa de sus amigos. Susana le había dicho que lo dejaba, que había hallado a otra persona. En las semanas que siguieron a su separación y eventual divorcio, la iglesia donde asistían tomó una postura de no intervención, no porque tuvieran la intención de causarle daño, sino porque no sabían qué decir o qué hacer. Roberto comenzó a ser excluido de las funciones sociales de la iglesia, a las

cuales él y su esposa solían asistir. Obviamente estaba incómodo, pero sus amigos no lo dejaban morir espiritualmente. Lo llamaban y lo recogían para llevarlo a la iglesia. Había días cuando no deseaba ir, pero como sus amigos estaban allí para recogerlo, él iba, aun cuando su corazón no estaba en ello. Le escuchaban, lloraban con él, y lo incluían en casi todas las cosas que hacían en familia. Cuando el proceso de divorcio por fin se completó, sus amigos cristianos estuvieron allí para escucharlo, para ser partícipes del dolor, las lágrimas, y la angustia. Para deshacerse de su dolor, Roberto se mudó de apartamento. Antes de salir, les dijo a sus amigos cuán importantes habían sido ellos para él, y de la forma como ellos lo habían mantenido fiel al Señor, cuando le parecía que tenía todas las razones del mundo para dejar de serlo. Hoy día, este profesor universitario tiene una esposa cristiana y dos excelentes hijos que están siendo criados en un hogar cristiano.

RECIBA ÁNIMO

Necesitamos estar inspirados para vivir justamente. El mundo está en contra de nosotros todo el tiempo. No es de extrañar que el Espíritu Santo le conceda tan alta prioridad al acto de congregarnos para adorar juntos:

Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca (Hebreos 10.19-25).

El peligro espiritual está a todo nuestro alrededor. Lo que está en juego es de valor infinitamente elevado; el desánimo podría afectar nuestros destinos eternos. Podemos perder un negocio o un empleo, y aun así gozar de felicidad eterna en los cielos. Si perdemos nuestras almas, no obstante, nuestra existencia terrenal (por opulenta que sea) será tan sólo un tiempo de espera por la destrucción eterna. ¡El congregarse es de crucial importancia!

¡No hay vida en Cristo si no hay vida en la iglesia! Dios nos dice sin rodeos que tenemos necesidad unos de otros. ¡Necesitamos ánimo! El faltar a un culto cualquiera es una receta para el

desastre. Nos moriríamos de hambre espiritualmente si no recibiéramos el alimento espiritual que proviene del mutuo estímulo. El Día del Juicio se está acercando. Está más cerca hoy que el día de ayer. ¿Por qué arriesgarnos a perder la más preciosa de nuestras posesiones, nuestra alma?

Una joven mujer llamada Linda, viajaba sola por la escabrosa carretera, llena de baches, que sale de Alberta, Canadá, al Yukón. Ignorando cuán peligroso era viajar hasta Whitehorse en su desvencijado automóvil, Linda condujo por un camino, sobre el cual solamente con vehículos de doble tracción, se aventuraban otros a conducir. La primera noche la pasó en un cuarto de un motel de montaña que halló allí, y pidió que la llamaran para despertarla a las cinco de la mañana, pues deseaba partir muy temprano por la mañana. No entendió por qué el recepcionista reaccionó sorprendido a tal solicitud, sino hasta que despertó para ver la típica niebla de la mañana que envolvía a la montaña. No queriendo parecer boba, se fue a desayunar. Dos camioneros la invitaron a su mesa. Le preguntaron dónde iba, y les dijo que iba para Whitehorse. Los camioneros le cuestionaron: «¿En ese automovilito? Este paso es peligroso en un tiempo como el actual». Linda respondió animadamente: «¡Me he propuesto hacer el intento!». Entonces uno de los camioneros le dijo: «Me parece que vamos a tener que abrazarte». Linda se apartó diciendo: «¡No me toque!». Los camioneros se rieron y explicaron: «¡No de esa manera! Mantendremos un camión delante de su vehículo y otro detrás, para que pase las montañas». Toda aquella mañana llena de niebla, Linda siguió las luces del camión que iba adelante, y contó con la tranquilidad del gran acompañante que iba detrás de ella, a medida que todos se abrían paso sin mayor peligro a través de las montañas.

No se puede vivir la vida cristiana sin que haya cristianos delante y detrás de nosotros, unos tirando y otros empujando, dirigiéndonos por el camino. Necesitamos estudiar la palabra de Dios y orar. Nuestras disciplinas espirituales privadas son esenciales, pero jamás debemos olvidar el recurso de estar juntos.

CONCLUSIÓN

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conociereis, también a mi Padre conoceréis; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?... Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre (Juan 14.1-9, 16).

Dios es el animador y el inspirador por excelencia. El Consolador que Jesús prometió enviar a Sus discípulos, es el «paracleto» (el intercesor, el ayudador, el animador), vocablo que proviene de la palabra griega que se traduce por «animar», *parakaleo*. El Espíritu Santo es el Espíritu de ánimo. En Hechos 9.31, se lee: «Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo».

Es el Espíritu de Dios implantado en nuestros corazones lo que produce el fruto del ánimo: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,...» (Gálatas 5.22). Tome nota especialmente de estos dos frutos del ánimo que da el Espíritu: la paciencia y la fe. El Espíritu obra en nuestros corazones a través de Su palabra, la palabra de Dios. «Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza» (Romanos 15.4).

¡También los demás cristianos dan ánimo! Podemos sostenernos las manos unos a otros durante nuestro diario vivir. ■